

lizar en una crónica sencilla: son del dominio de la filosofía de la Historia.

Lo que sí se palpa, porque está bajo la acción de los sentidos, es ese entusiasmo general; esa alegría creciente; esas manifestaciones espléndidas; esas fiestas grandiosas; ese movimiento inusitado, y podemos decir, nunca visto, que sustituye una corriente humana y no interrumpida entre México y Guadalupe, durante el célebre mes á que acabamos de hacer referencia.

Para dar una idea de este movimiento, nos bastará decir que el número de pasajeros que circularon en los coches ordinarios de los Ferrocarriles del Distrito, fué de 434,271; cuyo número está tomado del de los boletos que vendió la empresa; de los que 103,205 fueron de 1ª clase, y 331,066 de 2ª

A éstos deben agregarse los que fueron en los 252 coches especiales, que en ese mes puso la empresa á disposición de los que los solicitaron, y en el sinnúmero de carruajes particulares y de alquiler, de los que, en determinados días, la mayor parte se trasladaron á la Villa; los que fueron en otros vehículos, y muchos, muchísimos, que fueron á pie.

Además de éstos, deben contarse los que residen en la Villa, y los que se trasladaron á vivir allí en esos días; de cuyos últimos se puede formar idea, por las plataformas que se alquilaron para el trasporte de muebles, cuyo número fué de 47. (1)

(1) Véase la nota de la página 82



Todos estos fervorosos Guadalupanos, al visitar ese templo, al respirar esa atmósfera, al adorar esa Imagen, se sintieron saturados de ese fluido de amor, que tan fácil y abundantemente se comunica á las almas sencillas; y todos ellos, al trasladarse á su país, no han podido menos que transmitir estos sentimientos, como el cuerpo eléctrico comunica este fluido invisible y misterioso, al conductor con el que se pone en contacto.

Pasaron las fiestas Guadalupanas, como pasa todo lo que por su naturaleza es pasajero; mas su significación, sus ventajas y sus consecuencias subsistirán siempre, como subsiste lo que por su naturaleza es inmortal.

Estas consecuencias pueden resumirse en esta afirmación: México abunda en elementos tan favorables como numerosos, para ser una Nación grande, feliz y poderosa.

Esas ventajas, son las que resultan á un Pueblo, que cuenta con la mediación de la más eficaz de las intercesoras; con la protección de la más poderosa de las Reinas; con el amor de la más tierna de las Madres.

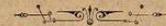
Aquella significación está condensada en estas evidentes verdades:

MEXICO ES UN PAIS EMINENTEMENTE CATÓLICO.

SUS HIJOS CONSTITUYEN UN PUEBLO EMINENTEMENTE GUADALUPANO.



# Sermones.



## I

Predicado por el Ilmo. Sr. Obispo de Cuernavaca, D. Fortino Hipólito Vera, el día 3 de Octubre.

*Et apertum est templum Dei in celo: et visa est arca testamenti eius in templo eius.*  
Y se abrió en el cielo el templo de Dios, y en medio de él vióse el arca de su testamento.  
[Apocalipsis de S. Juan, cap. XI vers. 19.]

Ilmos. y Rmos. Señores: (1)

AUN estamos impresionados por el acto solemnísimo que acaba de tener lugar en este Santuario. La consagración de tan suntuosa Basílica y sus altares, celebrada por doctos Obispos con las imponentes ceremonias de la Iglesia, hará siempre época en los fastos de nuestra historia eclesiástica. Jamás olvidaremos el momento de todos deseado, en que arrodillados dichos Obispos, el muy venerable sucesor del insigne Zamarraga descubrió esa celestial Efigie; hecho equivalente á decir tanto á los presentes como á los ausentes: "Hé aquí ya en su templo á la Soberana Señora, aparecida con gran gloria y majestad en estos riscos del Tepeyac el memorable año de 1531, ofreciendo "oír las lágrimas de cuantos á ella ocurren."

¿Quién no advierte cuánta semejanza hay entre los hechos referidos y la revelación que en la Isla de Patmos tuvo el Evangelista cuando decía: "Y se abrió en el cielo el templo de Dios, y en medio de él vióse el arca de su testamento?" ¿Quién, meditando en la portentosa aparición de la Virgen del Tepeyac, no la contempla llenando de gloria á la nación mexicana, como en otro tiempo la misma Inmaculada María santificaba con su presencia la casa de su prima Santa Isabel, quien, inspirada por el cielo, exclama: "¿De dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á mí?"

Aplicado por la Iglesia al Prodigio Guadalupano el Evangelio en que se hallan las anteriores palabras, no vacilamos, católicos, en adaptar el texto del Apocalipsis al estreno de esta privilegiada Catedral y á la gran ceremonia que en ella va á verificarse el día del aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo. Comprendese desde luego el pensamiento que voy á exponer: "La dedicación de esta grandiosa Basílica y la Coronación de la milagrosa Vir-

(1) Estaban presentes los Ilmos. Sres. Obispos de Querétaro, Chilapa y Saltillo.

gen de América, constituyen uno de los más espléndidos triunfos de la santa causa Guadalupana."

Cuán feliz soy, Madre mía, con ser el primero en tener la honra de predicar en esta Basílica. No permitais, Señora, que yo, el último de los Obispos, venga á profanar el lugar santo. Alcanzadme del Divino Espíritu expresiones de fuego para inflamar la fe de los piadosos potosinos. Eusechad la última salutación con que en estos momentos te invoco, valiéndome de las palabras del arcángel Gabriel. Ave María.

*Et apertum est templum Dei in celo: et visa est arca testamenti eius in templo eius.*

Y se abrió en el cielo el templo de Dios, y en medio de él vióse el arca de su testamento. —(Lib., cap. y vers. cit.)

Admirables son los designios de la santa y sabia Providencia en todas sus obras! A medida que el escepticismo pone en tela de juicio lo más santo, lo más sagrado, nuevos acontecimientos vienen á robustecer la piedad de los fieles.

¿Quién ignora que la dedicación de templos de primera magnitud, consagrados al verdadero Dios, siempre ha sido altamente significativa en los anales religiosos? Al erigirse el magnífico templo de Jerusalem ¿no es muy sabido que tenía su plenitud un vaticinio divino en el cual anunciaba el Señor "que no sería el piadoso David sino Salomón quien lo había de edificar?" Siendo tan célebre templo monumento de la predilección de Jehová al pueblo escogido, compréndese inmediatamente que al dirigirse allí sus plegarias los israelitas, recordarian cómo la omnipotencia divina libró á sus padres de la cautividad de Faraon, sepultando en las aguas del mar Rojo á todos sus enemigos; cómo los alimentó en el desierto por el espacio de cuarenta años con el prodigioso maná que descendió del cielo; cómo en medio de truenos y relámpagos recibió Moisés en la cumbre del Sinaí las tablas de la Ley; en una palabra, cómo llenó á su pueblo de otros muchos y singulares beneficios.

Reflexiones son éstas, oyentes míos, que ocurren al contemplar absortos las colosales obras de ensanche, reparación y embellecimiento llevadas á término en esta suntuosísima Basílica, consagrada y dedicada hace tres días, con las sacratísimas ceremonias mencionadas al principio de este discurso.

Ciertamente, al través de estos mármotes, de estos preciosos metales y de cuanto la ciencia y el arte han podido idear para el mayor esplendor de este Santuario, no sólo asombra ver la inquebrantable fe nacional en la gloriosa Aparición de esa celestial Imagen, expresada con tanta munificencia por la edificante piedad mexicana; sino que remontándose á los orígenes del culto aquitributado, sorprende mirar espléndidamente cumplidos los ardientes deseos de la Madre de Dios, quien en estos santos lugares del Tepeyac ordenó al venturoso neófito Juan Diego fuese á México, á manifestar al Obispo cómo era su voluntad soberana que aquí se edificase un templo donde como Madre amorosa suya y de to-

dos los mexicanos les mostraría su clemencia. Mirase al través de estos majestuosos muros, aquella santa casa, tan fecunda en prodigios, edificada de adobe.

Poco importa, pues, á nuestra predilecta creencia, que la incuria de los tiempos nos haya privado de documentos referentes á tal fundación, si en la genealogía de esta privilegiada catedral hallamos la procedencia de ella en dicha primera ermitilla. Arqueológicamente puede darse hecho mejor comprobado que la existencia de este Santuario desde que el primer Obispo electo de la Diócesis Mexicana estaba en víspera de emprender viaje á la Madre Patria, é informar verbalmente á la corte acerca de las cosas de Nueva España? Ciertamente, los monumentos, y monumentos católicos, tienen tal elocuencia, que basta mirarlos para que sabios y no sabios comprendan la historia de su existencia. Excávase las catacumbas de Roma, hállanse en ellas insignes Reliquias, erigense á éstas iglesias y altares, y todas las clases sociales, sin temor de equivocarse, admiran en cada templo un monumento de las glorias del Santo ó Mártir á que ha sido dedicado.

Hé aquí por qué hemos dicho que la dedicación de esta gran Basílica es uno de los mayores triunfos de la santa causa guadalupana.

¡Bendito sea el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob que inspiró al inmortal Arzobispo Labastida engrandecer y decorar este templo, y suscitó un hombre providencial que con ejemplar constancia ha llevado al cabo obras de tanta magnitud!

Desde que el gran León XIII, accediendo á los vivos deseos del Venerable Sr. Labastida y del Episcopado Mexicano, concedió la Coronación de Nuestra Santísima Guadaluana, aun nuestros más espaciosos templos parecían á aquel insigne Metropolitano sumamente pequeños para la grandeza de la ceremonia; y ni las mejores de nuestras iglesias se presentaban á su vista competentemente decoradas para la majestad del acto. De aquí nació el vastísimo proyecto de esta obra verdaderamente maravillosa. Y fué de tal manera inspirado aquel benemérito Arzobispo, que predijo cuanto todos estamos presenciando: que en el Pontificado de su V. Sucesor se concluiría la Basílica y sería coronada la milagrosa Virgen del Tepeyac.

Siendo como era el Sr. Labastida uno de aquellos génius que aparecen de tiempo en tiempo para honra de la Patria y de la Religión, tenemos por cierto que al concebir la idea de coronar á esta celestial Señora, previó que con esta imponente ceremonia la santa causa guadalupana alcanzaría el más espléndido de sus triunfos, y previó otra cosa más: la coronación de la portentosa Efigie venía á sellar el *Non fecit taliter omni nationi*, pronunciado desde lo alto del Vaticano por el inmortal Benedicto XIV.

Así sucedió con efecto. Cuantas imágenes de María fueron coronadas en Roma y fuera de Roma, lo han sido en el concepto general de ser efigies de la Reina de los cielos, venerables por su antigüedad y milagros; pero ninguna que sepamos ha tenido el privilegio de ser ornada con diadema de oro, como á Reina de una ciudad, como á Reina de una nación. Tanta gloria reservada estaba á la Santísima Madre de los mexicanos.

Escuchad al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo: "Nos, dice su Beatitud, mandamos á nombre nuestro y con autoridad nuestra, se corone con diadema de oro vuestra Augusta Reina." Cuando así habla el sapientísimo León XIII al Episcopado mexicano y á todos los fieles de la nación, y ésto después de haber concedido con suma complacencia el novísimo Oficio guadalupano, y excitando en seguida, de la manera más viva, á los mismos Obispos y á todos los católicos á ellos encomendados, á imitar el fervor de nuestros antepasados, en el culto que dieron á esta Emperatriz celestial; ¡ah! hermanos míos: nada más tenemos que desear para estar firmes en nuestra creencia guadalupana. Y como si no bastara todo lo expuesto, dictó esos hermosísimos versos grabados con caracteres de oro en este tabernáculo, para perpétua memoria de la devoción de tan gran Pontífice á Santa María de Guadalupe.

Con razón, señores, se preparan todos los mexicanos á celebrar con júbilo sin prececente en nuestra historia, el día más grande de la Patria. En pos de vosotros, piadosos potosinos, vienen á presenciar ese acto, en que abierto aquí este templo de Dios, y co-

locada en él la portentosa Efigie de la Reina de los mexicanos, va á ser solemnemente coronada por el muy venerable Metropolitano, designado allí en los eternos consejos de él que es Santo, Santo, Santo; asistiendo un número respetable de Ilmos. Mitrados.

A vosotros, hijos de San Luis Potosí, á vosotros ha tocado el envidiable honor de inaugurar estas grandes festividades. Es el premio del espléndido culto que dais á tan Augusta Reina en el Santuario que vuestros antepasados le erigieron en el siglo XVII. Es el premio del templo que con el óbolo de los pobres se le edificó cerca de vuestra ciudad episcopal al terminar el siglo pasado, dedicándolo en 1800. Es el premio de la edificante veneración tributada á la Imagen que llevó á dicha ciudad el insigne P. Lascano, honra de la muy esclarecida Compañía de Jesús, y á la Efigie que tocada á la original, os regaló uno de vuestros paisanos, siendo Presidente de la República.

Con santo entusiasmo ¡oh Reina de los mexicanos! se ha organizado esta ejemplar romería potosina; cada uno de los peregrinos te ama entrañablemente, y es portador de los votos de la ternura con que te aclaman cuantos no pudieron tomar parte en esta peregrinación, si bien, salvando espiritualmente las distancias que nos separan, con el corazón los tenéis aquí á todos presentes.

Aceptad, Señora, la corona de virtudes que te ofrecen, protestando que día y noche tendrán la mayor complacencia en atesorar méritos para que no se marchiten las fragantes rosas de las buenas obras con que vienen á coronarte. Todos esperan tu santa bendición para que en sus personas, en sus familias, en sus ciudades, en sus pueblos, en sus campos, bajo tu poderoso reinado alcancen cuanto sea necesario en el orden temporal y á la salvación de sus almas.

¡Reina de los mexicanos! escuchad las plegarias, los sollozos, las lágrimas de los devotos potosinos.

## II

### Pronunciado por el Ilmo. Sr. Obispo de Colima, D. Atenogenes Silva, el día 7 de Octubre.

Veni de Libano... coronaberis...  
Ven del Libano... serás coronada...  
Cantar de los Cantares, cap. IV, v. 8

**M**UY pronto será ofrecida por el Episcopado en este suntuoso palacio del amor guadalupano, espéndida corona á la Virgen Santísima aclamada por toda la Nación, Reina de México. Para celebrar tan hermoso y transcendental acontecimiento, hemos venido aquí ¡impelidos por tres amores nobles, purísimos, irresistibles: el amor á la Madre, á la Religión, á la Patria. Queremos ofrecer un himno, un idilio, un poema, exclamando ante la Nación, ante el mundo: ¡Gloria, amor gratitud y alabanza eterna á la Madre-Reina de nuestra patria! ¡Bendita seas, Virgen sublime, Soberana de México! ¡Este cántico, modulado por un pueblo noble, de hijos predilectos de María, resuene en la techumbre sagrada, unisono con las oraciones de nuestros santos, con los más profundos pensamientos de nuestros sabios, con la inspiración de nuestros artistas! ¡Escúchese entre las poéticas y bellas armonías del hogar cristiano, desde los soberbios palacios hasta las humildes chozas! ¡Repitan el himno sagrado, el estuendo del torrente, el eco de las montañas, el cantar de las aves de los bosques, el suave soplo de la brisa de la tarde! ¡Escribise el himno, el idilio, el poema en nuestros monumentos

de gloria, con caracteres de amor y de luz, y en el cielo purísimo de la patria, con letras de brillantes y de oro! ¡Hossana, hossana á la Virgen Reina!...

¡Ah, perdonad cristianos, el desorden de mis ideas...! La inteligencia cede sus derechos al corazón, agitado en este momento por afectos grandes y solemnes, porque celebramos el más notable acontecimiento religioso-social que ha realizado nuestra Patria con relación á María, y lo celebramos aquí, en el Tepeyacatl: en el lugar santo, donde un día la Madre-Reina, viniendo del Líbano de la gloria, posó su planta divina y nos hizo escuchar las armonías, contemplar la luz y sentir los amores purísimos del Cielo. Aquí, en el Tepeyacatl, están nuestro pasado, nuestro presente y nuestro porvenir, porque aquí la mano de Dios ha grabado la ley fundamental de nuestro desarrollo histórico. Aquí se levanta la grandiosa basílica, en la cual está el monumento milagroso formado por el Sér Supremo, monumento que sintetiza las ideas teológicas acerca de la Madre de Dios, Madre tierna de todos los cristianos, Madre dulcísima y especial de los mexicanos. ¡Oh santa montaña, yo te saludo y me descalzo para contemplar la maravilla, la zarca que *arde sin consumirse*! ¡Vengo á tí, Sinai de México, á leer las leyes y los destinos de mi Patria, no en tablas de piedra, sino en el sublime monumento del *Sobrenaturalismo guadalupano*! ¡Yo quiero contemplarte, Líbano de nuestra historia!

El Líbano de que habla el inspirado autor del *Cantar de los Cantares*, es, señores, el Plan Divino, del cual se llama á la Virgen Madre para ser coronada como Reina del orden angélico, del orden humano. Significa también el Líbano, entre otras ideas, el destino providencial de María Santísima en sus relaciones con el desarrollo histórico de los pueblos. Así es que, en la Nación mexicana, el Líbano es la acción de la Santísima Virgen en nuestra historia, del lado acé del Tepeyacatl. Se la llama para ser coronada con la gloria de la conversión de nuestra Patria al Catolicismo, con la gloria de la conservación de la Religión verdadera entre nosotros y con la gloria del gran movimiento guadalupano que se efectúa actualmente en todo el país.

En efecto, satisfactorio es contemplar cómo de todas las Diócesis de la República, aun de las más lejanas, han venido á la célebre colina, millares de entusiastas hijos de María, para aclamar la Reina de nuestra Patria. Esta misma solemnidad es una prueba de la idea antes enunciada. La importantísima Metrópoli de Durango y la joven y vigorosa Diócesis de Chihuahua, presentan ahora estos espléndidos cultos, para cooperar con armoniosas notas al himno nacional de alabanza y de amor que se ofrece á María Santísima. Yo voy á interpretar las ideas y sentimientos nacionales y señaladamente los de los Ilustres Prelados, del Venerable Cabildo, del respetable Clero y de los estimables fieles de aquella Diócesis, procurando desarrollar el siguiente pensamiento: *La Coronación es el plebiscito solemne del reinado religioso-social de María Santísima en México.*

Madre, Tú dijiste que escucharías las súplicas que se te hicieran en este lugar. Nosotros te pedimos luz y gracia para celebrar la sublimidad de tu gloria de Reina, el encanto arrebatador de tu amor de Madre. ¡Ven, oh María, y acompáñanos en estas solemnidades!

Ave María.

Veni... coronaberis...

Hermosos y magníficos brotaron al eco de la voz de Dios, el mundo de la naturaleza y el orden sobrenatural, reflejando ambos el poder, la inteligencia y el amor divino y desenvolviéndose armónicamente en el campo de la economía providencial. Así es que la humanidad está elevada al orden sobrenatural desde el primer momento histórico de su existencia, y en este orden deben desarrollarse su vida, individuos, familias y naciones. Ahora bien, el Verbo es el Arquetipo del Plan Divino y el Señor de toda la creación. Por esto, Jesucristo, que es el Verbo hecho hombre, ha sido constituido heredero de todos los pueblos, como se enuncia gráficamente en este inspirado pensamiento del Rey Profeta: *Dabo tibi gentes hereditatem tuam et possessionem tuam terminos*

*terra*. El Salvador del mundo tomó posesión de esa herencia universal, como Redentor, como Sacerdote y como Rey inmortal de los siglos y su reinado es de luz, de ciencia, de amor, de belleza y de gloria.

Mas el Altísimo ordenó que á Jesucristo se asociara una Mujer que, estando llena de grandeza, de perfecciones y de gracias, debía ser la coheredera, y por ende, la Reina de las naciones; María Santísima, verdadera Madre de Dios, es la Mujer sublime de tan elevado y singular destino. Más bella la Virgen-Madre que el mundo de la naturaleza, estando colocada en el cenit del orden de la gracia, es, en la creación, el reflejo más perfecto de las grandezas divinas. "María, dice San Epifanio, es un libro escrito por la diestra del Omnipotente, que da á leer al mundo entero los misterios del Verbo hecho hombre;" y San Cirilo de Alejandría la ve como la luz esplendente que conduce á todas las naciones, del culto de los ídolos al conocimiento de la verdad, y hace brillar la luz del Hijo de Dios en los pueblos sumergidos en las sombras de la muerte.

Grandiosa prueba de esa misión de la Virgen Santísima, en sus relaciones de amor y de misericordia con los pueblos, es lo que ha acontecido en nuestra patria, que se convirtió de los horrores de un politeísmo cruel á la grandeza de la civilización cristiana, y ésto por el ministerio de María, el cual ministerio, tanto en su principio como en su desarrollo durante tres centurias y media, constituye el sobrenaturalismo guadalupano; ley fundamental de nuestra historia, punto de partida y base de la civilización mexicana.

¿Está probado el grandioso acontecimiento? La certidumbre esplendente de la aparición de la Virgen Santísima aquí, en el Tepeyacatl, el origen sobrenatural y la conservación del cuadro sublime que es un lábaro bendito, están atestigüados por la historia, por la tradición, por los monumentos, por los efectos religiosos, sociales, humanitarios, por la ciencia, por el arte, por los sentimientos más levantados del corazón mexicano; por el consentimiento unánime del Episcopado de la República y por la autoridad de la Iglesia. Pero hago, por ahora, punto omiso de todas estas pruebas, y sólo quiero presentar rápidamente la demostración basada en *las leyes de la crítica*. Si el acontecimiento guadalupano no es verdadero y sobrenatural, entonces, decídmelo, ¿quién es el inventor? ¿Cuándo, en dónde, por qué móviles, en cuáles circunstancias se hizo el invento? ¿Quién es el artista inmortal que vivificó el tosco lienzo con las más elevadas ideas metafísicas, con los más profundos pensamientos teológicos acerca de la Madre de Dios, y todo esto sirviéndose de las combinaciones más adecuadas y de hermoso y perfectísimo simbolismo? ¿Paso al genio!... ¿Queremos conocerlo... glorificarlo... y cubrir sus grandiosos monumentos con laureles que hubieran honrado á Rafael, á Fra-Angélico, á Murillo, á Cabrera...!

Pasemos, señores, á desenvolver las pruebas de mi proposición que, para mayor claridad, dividiré en dos partes: *La Coronación es un solemne plebiscito nacional. El Reinado de la Santísima Virgen, proclamado por mi patria, debe extenderse á todos los órdenes de la vida religiosa y social.* No temáis, señores, que yo, al usar el término "plebiscito" convierta la cátedra sagrada en una tribuna política. Mi plebiscito es de inteligencias, de corazones, de amores celestiales, de paz, de alabanzas y de gloria. Es mi Patria prosternada como un solo hombre ante el Monumento de amor que tenemos aquí, y prosternada delirante de entusiasmo, para ofrecer la Corona Regia á la Madre querida.

No voy á defender este ó el otro sistema de gobierno, pues según los principios de la ciencia, formulados en Aquino por el Coloso del pensamiento, y según la explícita enseñanza del sublime Pontífice actual, todas las formas racionales y legítimas de gobierno, caben dentro del campo exuberante de la Iglesia Católica. Yo quiero, señores, que la monarquía, la aristocracia y la democracia bautizada como la expresión unánime y solemne de la voluntad nacional, proclamen Reina á Santa María de Guadalupe.

Mirad el solemnisimo movimiento que se realiza desde que

brotó luminosa, bella y prepotente la idea de la Coronación. Mirad las corrientes guadalupanas convergiendo suaves y armoniosas hacia el Tepeyacatl; esas corrientes suben hasta el remate de las montañas, porque la presión que las impele y la fuente de donde emanan, están en la altura del Cielo. Contemplad las hermosas peregrinaciones que vienen á la célebre colina, y vienen radiantes de júbilo y haciendo resonar el himno de gloria de la Reina querida, en las montañas, en los campos, en las ciudades, en los hogares, en los templos: es ésta la voz entusiasta del pueblo. Mirad: ¿se levantan iglesias, se fundan escuelas, se abren talleres, se consagran catedrales, se predica la verdad religiosa, se santifican las almas en honor de la Reina Sublime?: es esta la voz del sacerdocio mexicano. Mirad á los sabios demostrando la gran verdad del milagro y de su influencia en la vida de la Patria: es la voz de la ciencia que proclama Reina á María. Escuchad los harmónicos cantares de nuestros poetas, que arrebatando del seno hermoso de la idea eterna la santa inspiración, sirviéndose del idilio, de la oda, del poema, como sacerdotes de la belleza, nos cautivan, nos arrebatan al proclamar Reina á nuestra Madre. Mirad, señores, este grandioso Palacio de la Reina: es la síntesis majestuosa del arte cristiano. Aquí la belleza, el amor y la gloria hacen palpar los bronceos y los mármoles, hacen vivir el tosco lienzo, dándole sentimientos y alegrías, y hacen hablar las piedras. Aquí, en este momento sublime, el pavimento, los pedestales, las columnas, los capiteles, las cornisas, las bóvedas, los relieves, todo, todo dice: ¡amor, gloria, belleza sobrehumana! Todo, todo proclama Reina á la Madre: es éste el voto del arte.

El Episcopado mexicano observa y fomenta ese movimiento grandioso, y un día, postrándose ante la Cátedra de la verdad y de la civilización, pide y ruega que nuestra Santísima Madre sea coronada: es éste el voto episcopal.

El *Lumen in celo* del siglo actual, el egregio León XIII, en un documento inmortal que debe escribirse con letras de oro en la historia patria, tomando en consideración el gran movimiento guadalupano, satisfecho y gozoso, no sólo da su beneplácito para que se verifique la Coronación, sino que, oído bien, mexicanos, impone un mandamiento [jubemus], de que Nuestra Madre sea coronada, y aprueba explícitamente la verdad del *Sobrenaturalismo Guadalupano*. La más grande y respetable autoridad que existe sobre la tierra, consagra con su aprobación el *Plebiscito nacional*. ¡Ah, señores! Más fácil sería encadenar los rayos del Sol, que contener esa corriente de inteligencias y corazones, que cadenciosamente se dirige al Tepeyacatl. ¡Ven, oh Madre, ven, serás coronada de gloria, de alabanza y de amor! *Veni de Libano... coronaberis...*

En ese gran Plebiscito ocupan lugar digno é importantísimo las Diócesis de Durango y de Chihuahua. La primera, justamente elevada pocos años ha á la categoría de Metrópoli, se ha distinguido por su entusiasmo guadalupano; inspirada por el grandioso pensamiento de la educación religioso-mexicana de la niñez, funda numerosas escuelas, y *todas guadalupanas*: comprendiendo los verdaderos intereses de la Religión, forma asociaciones, funda periódicos, realiza trabajos de propaganda católica y todo en nombre y honor de Santa María de Guadalupe; se honra con poseer en la capital un santuario dedicado á nuestra Madre Santísima; en poco tiempo ha realizado dos importantes peregrinaciones y ha dado valiosa cooperación para las obras de la Colegiata. Ahora, acaudillada por su respetable y virtuoso Prelado que sigue las huellas de los ilustres apóstoles Sr. Hermosillo y Sr. J. Antonio Zubiria, viene á glorificar á Nuestra Madre Santísima, Reina de México.

El Obispado de Chihuahua, de reciente creación, tiene un gran destino que cumplir en nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, la evangelización de los habitantes de una parte de su territorio, en la cual no es raro percibir aún el alarido del salvaje y las huellas de la idolatría. Esa obra magna se realizará por el celosísimo é ilustrado primer Pastor de tan interesante Grey, ayudado por todos sus diocesanos de levantadas miras y nobles corazones. Yo os felicito calurosamente, apreciables peregrinos de Durango y de Chihuahua, por vuestra fe inquebrantable, por la ardiente de-

voción hacia Nuestra Madre Santísima, quien os llenará de va lios bendiciones y de copiosas gracias; ¡Benedicida y aclamada Reina, entonando himnos de magnífica gloria! *Veni de Libano... coronaberis. ¡Viva la Reina de México!*

María debe reinar en todo lo que constituye la vida de la patria. Debe reinar en el orden religioso, porque Ella fué el Apóstol principal de la conversión de México á la verdadera Religión y ha conservado nuestras santas creencias. Debe reinar en el orden social, porque formó la nacionalidad mexicana, fundiendo dos razas nobles, enérgicas y eminentemente religiosas, la española y la azteca, errando esta última en la aplicación de la idea religiosa. Mas el orden social se constituye por las instituciones, las leyes, la ciencia, la literatura, el arte, la industria, el comercio...

La Virgen Santísima debe reinar en el orden público, porque en el Tepeyac escribió la constitución social y las leyes de la Patria; cumpliendo así un gran destino providencial expresado en este pensamiento bíblico: *Per me reges regnant et legum conditores iusta decernunt*. María debe reinar en el orden científico porque ella, como Madre de Jesucristo, participa cual ninguna criatura, de la luz del Verbo, foco infinito de toda ciencia; por esto, *María, es Mater agnitionis*.

Debe ser Reina del Arte, porque el espíritu, la vida del Arte, en sus múltiples manifestaciones es la belleza, esto es, el esplendor *harmónico de lo verdadero y de lo perfecto*, y María es en la creación la más hermosa semejanza de la Verdad y Perfección Divinas; por eso dicen de ella los Libros Santos: *Toda eres hermosa*. Además la Virgen Santísima es la Madre del Amor Hermoso. La literatura es una consecuencia de la Ciencia y del Arte. El comercio y la industria deben someterse á los órdenes superiores de la vida social.

María Santísima, en su aparición, hizo del Tepeyacatl un magnífico Tabor, en el cual se transfiguró la nación azteca en la patria mexicana. En este Tabor sublime se efectuó la transfiguración de la Ciencia, del Arte, de la Sociedad; y ante el espectáculo de la transparencia de las piedras, de la hermosa nube, de los magníficos colores, y entre los conciertos de los ángeles; todo lo cual contempla y escucha absorto, en éxtasis sublime, el afortunado Juan Diego, escuchase la voz de María, que diciendo *Yo soy la Madre del verdadero Dios*, llama á mi Patria á la Religión, al culto, á la oración, á la grandeza. ¡Ah señores! ¡Qué grandiosa transfiguración! ¿Queréis estimar su valor? ¡Comparad el *teocalli* y la horrenda figura de Huitzilopochli, con esta santa Basílica y con el retrato celestial de nuestra Madre!... ¡Ven, oh María; serás coronada de gloria, con la luz de la ciencia... con los laureles del arte... con las hermosas flores de la literatura... serás coronada con todas las grandezas y las glorias patrias. *Veni de Libano... coronaberis...*

¡Bendita seas, oh María; justo es que la nación te proclame Reina, y que tú ejerzas la soberanía en todo lo que pertenece á la Patria, pues por tu acción sobrenatural se ha realizado la civilización y la grandeza de México! ¡Oh Madre-Reina, que nunca seas ingratos á tus grandes misericordias, porque si así fuere ¡ay! acaso llegará el día en que nuestros templos, nuestros altares y este mismo Palacio de tu amor, resonarán con voces extrañas y aun blasfemas! Y esta nación en la cual las vírgenes y los inocentes niños se ocupan en entretejerse coronas de flores, ¿se olvidará de Ti? ¿Y llegará la vez en que la Patria sea despreciada y profanadas las cenizas de nuestros mayores, y de que sea abandonado tu culto lleno de encantos, de poesía y de inefables ternuras? ¡Oh, no, Madre, primero serán convertidos en polvo nuestros corazones, que dejaré de amarte, y enmudecerá nuestra palabra, antes que dejar de publicar tus alabanzas y tus glorias! ¡Oh, Reina; yo te ruego que mi Patria sea siempre grande, respetada y gloriosa, y que la santa Religión y tus amores la iluminen siempre!

¡Ven del Libano del Plan Divino!

¡Ven del Libano de la Perfección!

¡Ven del Libano de tu acción social en México!

Serás coronada:

Con todas las glorias, con todas las grandezas, con todos los amores santos de la Patria!

El pueblo te aclama Reina, y por medio del Episcopado te presenta esa Corona, rica respecto de nosotros, pobrísima con relación á Ti que eres coronada por las estrellas. Te presenta este Palacio y Tú, ¿es verdad, Madre? vas á reinar por el amor y vas á atraer hasta á los que no creen en Ti, hasta á los que no te aman, hasta á los que te odian, para hacer sentir en sus frentes, ardorosas por los vientos del mundo, y en sus mejillas surcadas por las lágrimas de grandes infortunios, las caricias de tu amor maternal, que son las embalsamadas brisas de las florestas del Cielo;... Reina, oh Madre, en todo: leyes, ciencias, artes, corazones, hogares, sociedades!... ¡Prostérnese México ante la Reina Sublime para glorificarla! ¡Santifique la Madre querida á todos sus hijos, para hacerlos eternamente felices con la plena contemplación de la Verdad, y posesión inamisible del divino amor!

### III

## Predicado por el Ilmo. Sr. D. Perfecto Amezquita, Obispo de Tabasco, el día 9 de Octubre.

Memoria mea in generationibus seculorum. Eccl. XXIV, v. 28.  
De mí se hará memoria en las generaciones de los siglos.

AS de catorce generaciones vinieron aquí á postrarse ante el altar de la Guadalupe: los altos funcionarios representantes de la grandeza real en los tiempos coloniales, antes de tomar posesión del gobierno de la Nueva España en el Palacio Virreinal, venían á rendir vasallaje á la Reina de Anáhuac y amante madre de los mexicanos. Los Pontífices sagrados, al inaugurar su sublime ministerio, deponiendo sus mitras ante ese augustó trono, ponían su báculo en las manos de María, consagrando sus vastísimas Diócesis á la Virgen del Tepeyac, Soberana del indiano suelo. El guerrero, antes de emprender la campaña, venía á pedir su bendición, y al entrar en la tremenda lucha invocaba su auxilio, pronunciando como grito de guerra su bendito nombre, y al volver sano y victorioso, presentaba los laureles de su triunfo ante el altar de la Augusta Señora. La patria en sus conflictos, la Nación en sus peligros, la Iglesia en sus días de prueba, la ciudad en las públicas calamidades convertían sus miradas de esperanza hacia este venerando Santuario, desde donde, según la promesa hecha á Juan Diego, María se mostró siempre Madre amante, tierna y compasiva protectora de los mexicanos. ¿Qué lengua bastaría para narrar las maravillas que en la serie de tres y medio siglos ha obrado María en favor de su Nación privilegiada? Empero, el recuerdo de sus incontables favores lo guardarán los siglos imperecedero; y la brillante y riquísima corona con que hoy se adorna la tilma del dichoso neófito, en la que el Altísimo retrató la hermosura de los cielos, será el monumento eterno de nuestro inmortal reconocimiento: *Memoria mea in generationibus seculorum*.

La solemnidad más espléndida que bajo el hermoso cielo de Anáhuac han contemplado los humanos ojos; esta fiesta que por la magnificencia de sus pompas religiosas no tiene semejanza en los anales del pasado, señalará una gloriosa etapa de eterna remembranza, una de las más bellas páginas de los fastos del Nuevo Mundo; en la cadena de los siglos será un eslabón de oro, y en la triste

historia de nuestras desgracias un paréntesis de dicha y alegría embriagadoras. ¡Ah! si nuestros padres se levantarán de sus tumbas, anegados de gozo, morirían de contento. Si la simpática y venerable figura del santo Arzobispo Zumárraga, que mandó edificar á sus expensas la primera ermita, se hallase presente en la Gran Basílica que hoy se consagra á la Virgen del Tepeyac, sentiría detrenirse su corazón de ternura, al ver este portentoso de belleza, esta preciosa joya de arte, este suntuoso y augustó Santuario que se yergue imponente sobre el suelo bendito que consagró con sus plantas la Reina de los cielos; sobre esta tierra que aquel Pastor amable cultivó con tanto afán, regó con sus sudores y santificó con sus ejemplos. ¿Qué diría? Diría que esta obra grandiosa y monumental está demostrando á los siglos de incredulidad y apostasía, que, á fines del siglo XIX, aún vive la fe y se ostenta magnífica la piedad asáz generosa de los pueblos conquistados por aquel Apóstol del siglo diez y seis. Si hablara esa muda estatua que en actitud suplicante adora á la Guadalupe, henchido de regocijo el corazón y vertiendo lágrimas de indecible placer, prorrumpiría el inolvidable Pastor que ideó estas fiestas y esta Coronación, y sólo contempló de lejos tan faustos días, en estas sentidas expresiones:

«Gran premio á mis fatigas y afanosos desvelos, corona á los sacrificios de mi vida, pasada toda en luchas: las punzantes espinas y las amargas penas que acibararon mi existencia en tan largo y azaroso episcopado, me son, en este día de gloria, suficientemente recompensadas! Esta treintena de solemnísimas fiestas con que México, mi Patria tan querida, honra á su Soberana, inunda mi alma de gozo celestial. Cíerrense ya mis ojos y mi espíritu vuele al Templo de la Gloria, á la celeste Sión, mansión de paz y bienandanza...»

Y vosotros, señores, ¿qué decís? ¡Ah! ya os miro enmudecer, ahogando el llanto y queriendo explicar vuestro silencio con las sentidas frases de un devoto: *nec siliere devotio patitur, nec dignum aliquid concipere cogitatio*: ni la devoción nos permite callar ni el pensamiento alcanza á formar conceptos dignos que expresen las gratas emociones que embargan nuestro espíritu en estos dichosísimos momentos. Y ¿qué podrá decirnos en su arroboamiento de entusiasmo, en medio de la más clásica de las fiestas, la más célebre y magnífica de las solemnidades, el último de los Obispos, deslumbrado con el brillo de esta gran Basílica y sobrecogido de panto ante tanta grandeza, cuando la compara con la humilde ermita que le sirve de Catedral allá en Tabasco? ¿Qué irá á decir en medio de este gran concurso de oradores ilustres, ante este tan respetable congreso de académicos y literatos consumados, en la asamblea de un pueblo de ilustrados y ferventísimos devotos, un predicador de pueblo, un catequista de aldeas? ¡Ah! señores, perdonad al Metropolitano de Antequera su error, hijo quizá de su modestia y de su buen corazón, cuando escogió en vez de las eminencias del púlpito con que pudo contar su extensa é ilustrada Metrópoli, al humilde pastorcillo que, en los breñosos bosques de Tabasco, apacienta una pueñísima porción de la cristiana Grey, embelesado de su alma y dulce ensueño de sus esperanzas.

¿Qué os diré? Quisiera decirlos lo que, lleno de fervor, decía á los mexicanos el digno sucesor del inmortal Zumárraga, el Ilmo. Sr. Montafar, en aquel sermón que tantas lágrimas hizo verter á su auditorio, á los sinceros devotos cuyos corazones, como el suyo, estaban dulcemente enamorados de la Imagen celestial que estamos venerando. *Beati oculi qui vident quæ vos videtis!* (1) Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis; muchas almas pías, generosos cooperadores, ilustres Prelados, beneméritos Pastores, hubieran querido ver este día y no lo vieron. Pero mi espíritu se pierde en ese mar de elogios que discretas lenguas é inflamados corazones han dicho y pronunciarán en honra de la Guadalupe en este mes de elocuentes panegíricos. Como Apóstol que propaga la fe, y hablando á nombre de una Provincia que en el primer Concilio de Antequera ha proclamado á la Santísima Virgen de Guadalupe Madre é insigne protectora de la Iglesia Mexicana, concretaré mi discurso á este solo pensamiento: México debe á su Insigne Patrona el dón de la fe y la conservación de tan precioso tesoro; y en la Coronación de su sagrada Imagen, inmortalizará ante las generacio-

nes verideras su inmenso reconocimiento: Memoria mea in generationibus saeculorum.

¡Salve, estrella polar que, levantándose en la región septentrional de nuestro cielo azul, guíaste á Colón, el inmortal marino, al surcar las olas del Atlántico hasta mostrarle un nuevo mundo, florido Edén de amenos valles y frondosos bosques, Canaan bendita cuyos ríos son de oro y sus mares de perlas! ¡Salve, Santa María, que has conducido al puerto de Guanahni al Genovés intrépido en la alborada del 12 de Octubre de 1492! ¡Salve, Lucero matinal, que al rayar la aurora del 12 de Diciembre de 1531, apareces radiante de hermosura sobre la cima del Tepeyac al neófito feliz que madrugó á buscarte, y te encontró. Voy á alabarte: no permitas que mis labios empañen tus glorias ú ofusquen sus fulgores. Pide al Espíritu de verdad guie mis palabras para que ensalcen dignamente tus bondades.

Ave María.

Si el tamaño de los beneficios debe medir el reconocimiento, á un beneficio inmenso corresponde una gratitud sin límites. La fe es un dón tan grande como el bien que por ella se alcanza; y por la fe alcanza á Dios. Ella es el fundamento de la dulce esperanza que en el seno llevamos de poseer el Bien Supremo: Sperandarum substantia rerum: (2) tener fe es tener el medio indispensable para ver á Dios en Sí mismo, amarle y gozarle eternamente: Haec est vita aeterna; ut cognoscat te solum Deum verum, et quem misisti, Jesum Christum. (3)

Es la fe una luz celestial que alumbrá la humana inteligencia, ensanchando su horizonte visual hasta las regiones del infinito: Aquel que lo ve todo hace ver á nuestro entendimiento cuanto en él cabe. Es como el telescopio del espíritu que levanta el alma sobre sí misma, es decir, sobre las fuerzas de su razón y la eleva sobre los cielos de los cielos al orden sobrenatural, donde contempla al Creador del universo, adora su divina esencia, admira sus infinitas perfecciones, se abisma en la profundidad de los misterios; sabe su origen, conoce su destino, ve con infalible certeza los principios eternos de la justicia, las leyes invariables del orden, la moral incorruptible, la sólida virtud, la sublime perfección. ¿Qué es lo que no verá, dice San Agustín, el que ve al que ve todas las cosas? Quid est quod non videt, qui videt omnia videt? En los esplendores de tu luz hemos de ver la luz, cantaba el Profeta: (4) in lumine tuo videbimus lumen. Los que afirman que se hace injuria á la razón, alegando la necesidad de la luz sobrenatural, buscando las enseñanzas de la fe, sostienen la paradoja de que las lentes que facilitan la visión y extienden su horizonte, hacen agravio al cristalino del aparato óptico.

Viajero de la eternidad, el hombre que peregrina por el mundo en busca de su patria, cual israelita por el desierto en pos de la tierra prometida, tiene necesidad de un guía que le muestre la senda, dé una luz que alumbré sus pasos por el áspero camino que atraviesa, dé una sombra protectora que temple los ardores del sol abrasador durante el día, dé un faro que le demuestre los peligros en la oscuridad de la noche. Todo esto es la fe para los pueblos á quienes alumbrá, todo esto ha sido para México. Durante la larga noche de su infidelidad, estos pueblos caminaban sin brújula en el mar de la vida, sin luz en la oscura noche de sus errores, sin piloto en la borrasca de sus pasiones; andaban al azar, envueltos en las sombras de la muerte.

El Dios que en otro tiempo, después de sacar á su pueblo de dura servidumbre, le conducía bajo la sombra protectora de sus alas, como el águila conduce á sus polluelos: Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos, et super eos volitans, expandit alas suas, et assumpsit eum, atque portavit in humeris suis; (5) el Dios que abrió el mar Rojo para darle paso, sació su hambre con el maná del cielo, y apagó su sed con el agua que hizo brotar de la roca de Horeb, y le puso en posesión de una tierra bendita que manaba leche y miel; más tarde, irritada su paciencia, provocada su ira, juró en su indignación no darle parte en su eterno reposo:

2 Hebr. XL 1.  
3 Joan. XVII, 3.  
4 Ps. XXXV, 9.  
5 Dent. 2, 11.

Quibus juravi in ira mea, si introibunt in requiem meam. (6) Cuando enviado de su Padre estuvo en medio de los suyos, y los suyos no le conocieron; Profeta desolado anunció á Jerusalén su abandono, su próximo exterminio, su irreparable ruina, pronunciando esta terrible sentencia: «Se os quitará á vosotros el reino de Dios y será llevado á otras naciones que, por su fiel correspondencia, le hagan fructificar.» Auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus. (7)

Cumplió así el Dios de las venganzas: la ciega gentilidad abrió sus ojos á la luz de la verdad, y el pueblo que se hallaba sentado en las tinieblas vió la gran luz: Populus qui sedebat in tenebris vidit lucem magnam. (8) No de otro modo, cuando las naciones del viejo continente le desconocían y presas de un vértigo fatal, pronunciaban en su orgullo el insolente non serviam del ángel caído, Jeováh tronó en su indignación, y mostrando aque de los mares al inmortal Colón un nuevo mundo, «Yo voy, dice, á formarme un pueblo nuevo: enviaré á esas lejanas tierras mis Apóstoles, la luz del Evangelio irá á alumbrarles, la buena nueva será anunciada á los mexicanos; ellos vendrán al conocimiento de la verdad; abrazarán la fe, verán á Dios, adorarán su Cristo, serán mi pueblo fiel, mi nación privilegiada, y en medio de este pueblo de escogidos, diré á mi Madre venga á morar, radique allí su trono: in electis meis mille radices (9)

Así es como por medio de María la Providencia conquistó estas regiones al cristianismo, y conserva en nuestra México querida esa fe divina á pesar de los esfuerzos de la impiedad para destruirla.

Y no piense que injurió á Dios ni ofendió á Jesucristo, cuando me atrevo á asegurar que por María vinimos al conocimiento del verdadero Dios, se nos llamó á la fe, Cristo, es verdad, nos asegura que nadie viene á El si el Padre que le envió no le atrae: nemo venit ad me, nisi Pater, qui misit me, traxerit eum. (10) Y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel á quien el Hijo plazca revelar: Nemo novit Patrem nisi filius eius et cui voluerit Filius revelare. (11) La vocación á la fe es, pues, obra de Dios: ella es un dón gratuito que no tiene más principio que la eterna elección. Empero, nadie viene al Padre sino por Mí, nos dice El mismo, porque Yo soy el camino, la verdad y la vida. El Padre Eterno, invisible en su esencia, se hace visible en su Imagen consubstancial, que, siendo esplendor de su gloria y la figura de su substancia, su Verbo Eterno, se revela al mundo por la generación temporal en el seno de la Virgen: Ella es, pues, la que derrama la luz eterna, difunde la claridad celestial: Lumen aeternum mundo effudit Jesum Christum Dominum nostrum.

Ni hay que extrañar que atribuyamos á María las obras de Dios, cuando El mismo se las atribuye: al enjugar las lágrimas de los primeros delincuentes con la esperanza del perdón, mediante la justa expiación de la culpa por el Reparador, al anunciar á Adán y á su infeliz consorte el gran misterio de piedad, la misericordiosa Redención, la pesonificó en una mujer: de hoy más, decía apostrofaudo á Satanás, eterna enemistad habrá de reinar entre tí y la mujer, entre tu raza y su descendencia; empero ella que quebrantaré tu cabeza, sin que tu impotente saña deje jamás de poner asechanzas á su calcáñar; y era la mujer por excelencia, la segunda Eva, Mater viventium, María, que había de dar á luz al Redentor, el cual borraría los pecados del mundo, como canta la Iglesia, Maria genuit nobis Salvatorem, quem Joannes videns, exclamavit, dicens: ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi.

Mas no sólo en el sentido rigurosamente teológico en que acabo de exponérselo María trajo la fe á México: como causa segunda, ella fué el medio, fué el vehiculo, si me es lícito expresarme así.

Fuerte armado llamó Jesucristo al poder infernal que guarda vigilante la plaza que ha tomado; y por la torpe idolatría, nuestros padres adoraban al demonio; rendían culto á Satanás. El espíritu infernal extendía sus dominios desde el estrecho de Behring hasta el cabo de Hornos: cuando el más fuerte, el poder soberano,

6 Ps. XCIV, 11.  
7 Matt. XXI, 41, 3.  
8 Matt. IV, 16.  
9 Ecl. XXIV, 13.  
10 Joan. VI, 41.  
11 Matt. XII, 42.

vino á desalojarlo, se estremeció el Infierno del uno al otro extremo, sus huestes lucharon con denuedo: la superstición, el fanatismo, la idolatría, este culto abominable por sus detestables prácticas y sus sangrientos sacrificios, era para los hijos de este suelo tradición veneranda, para extirparlas se necesitaba todo el celo cristiano de un Capitán como Cortés, moderado por la prudencia de un Fray Bartolomé de Olmedo; la caridad y abnegación de aquellos dignísimos apóstoles que, humildes, pobres, llenos de mansedumbre y de dulzura, hacían contraste con la impetuosidad del guerrero codicioso, su sed de oro y su ambición de mando; que más de una vez, le inspiraron desalentados é injustos y aun bárbaros recursos de llegar á sus terrenos fines.

¿Qué medios más adecuados para suavizar el carácter y moderar las costumbres, de los mexicanos, que el ejemplo de los misioneros, los cuales podían decir como San Pablo: no hemos codiciado ni el oro ni la plata de alguno de vosotros, como bien lo sabéis: Argentum et aurum aut vestem nullius concupivi, sicut ipsi scitis; (12) para el frugal sustento que nuestros ayunos nos permiten, el áspero sayal que cubre nuestros enjutos miembros, no os hemos de embrocercer: hemos venido á buscar vuestras almas, no vuestras riquezas, non enim quero que vestra sunt, sed vos: el Dios que os anunciamos murió por darnos vida; y nosotros, á su ejemplo y por su amor y el vuestro, con gusto nos fatigaremos, gastaremos nuestras fuerzas y aun nos consumiremos por salvar vuestras almas de la muerte eterna: libentissime impendam, et superintendat ipse pro animabus vestris; (13) Empero, estos milagros de abnegación, estos ejemplos de desprendimiento, este espíritu de sacrificio no habían podido aún rendir los ánimos tenaces de los indios, sino en escaso número. Todavía hasta Junio de 1531 los cuarenta y un misioneros que evangelizaban estas tierras no habían bautizado más que un millón de indios, en su mayor parte niños.

Como al aparecer la aurora sobre el horizonte, las fieras, dispersas por los bosques en la oscuridad de la noche, abandonan los campos y vuelven á esconderse en sus guaridas; así al aparecer sobre la cima del Tepeyac, el 12 de Diciembre de 1531, la apacible aurora, que venía á iluminar este vasto continente, radiante de hermosura, como el arco que reduce entre las brumas de la Gloria y como la flor del rosal en una mañana de alegre primavera, la bella, la encantadora María de Guadalupe pone en fuga al Demonio, disipa las tinieblas del error y difunde con asombrosa rapidez la luz divina de la fe por todo este vastísimo horizonte; empero en 1531 aconteció un hecho, dice el historiador americano Bancroft, que mucho contribuyó á la extirpación de la idolatría, y fué la milagrosa aparición de la Virgen de Guadalupe.

El celo de los disidentes no debía alarmarse al oírnos hablar de una aparición: el Antiguo Testamento habla de apariciones, las refiere el Nuevo; y el libro profético del Apocalipsis relata una visión muy semejante á la que en sus tradiciones guarda México: Signum magnum apparuit in celo: mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim: (14) Un gran prodigio apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna á sus pies, teniendo en su cabeza una corona de doce estrellas. ¿Por qué si Juan, el discípulo amado, vió en espíritu, allá en su retiro de Patmos aquel gran prodigio que revela la lucha entre la mujer y la serpiente y el triunfo de aquella sobre el dragón (visión que San Agustín aplica á María) hemos de tener dificultad en admitir que Juan Diego, hijo mimado de María y fervientísimo devoto suyo, la haya visto y conversado con ella sobre las rocas del Tepeyac? ¿Qué! el Dios que en el espejo de la naturaleza retrata sus infinitas perfecciones, y refleja por todas partes, en los seres creados, destellos de su divina esencia, rasgos de su belleza; encantos de su hermosura, no podrá con milagrosas flores pintar sobre una tilma una imagen acabada de la más hermosa entre las hijas de Sión, graciosa y apacible como la Luna, brillante como el Sol, cándida como la paloma, fragante como el nardo de suavisimo olor? ¿No podrá dibujar en toso ayate un trasunto de la hermosura de los cielos, de aquella criatura privilegiada, obra

14 Act. XX, 38.  
15 II Cor. XII, 11, 13.  
16 Apoc. XII, 1.

del Omnipotente, en quien el Espíritu Santo se recrea llamándola toda hermosa y sin mancha? ¿Nuestros mejores artistas harían ventaja á Dios?

¿Se atreverán los librepensadores, los espíritus fuertes, que hoy andan por allí sensibilizando los espíritus, viendo el rostro y oyendo la voz de los difuntos, á negar que una Mujer Santísima que despareció de entre los mortales, y, según las cristianas tradiciones, fué trasladada á la región de los vivientes en cuerpo y alma, hable y converse con el venturoso neófito; á quien revela sus designios y quiere hacer instrumento de sus voluntades, mensajero de sus deseos, depositario de sus promesas y objeto de su cariño y ternura maternal? ¿Y qué palabras ha dicho la Santísima Virgen al dichoso Juan Diego? Las mismas que Jesús dijo al discípulo amado, confirmando las que antes había dicho á su Madre: Ecce mater tua. Y si ellas son una verdad en el Evangelio, ¿por qué no lo han de ser en los labios de María? ¿Hijo mío, Juan Diego, á quien yo amo como hermano y pequeño hijo, ¿y cómo no amar á Juan Diego y en él á todos los mexicanos, María, cuando esta recomendación recibió de los labios de Jesús moribundo, en el Calvario? Mulier, ecce filius tuus? ¿Puede acaso una Madre olvidar al tierrecito hijo de sus entrañas, de modo que no se compadecza de él al oír sus vagidos? Pues si tal madre desnaturalizada se encontrara, dice María, yo nunca me olvidaré de tí. Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ita ut non misericorditer recordetur ei? (15) Infante en la fe el Neófito feliz, párvulo en Cristo el venturoso indio, escuchó estas palabras de ternura, estas frases de cariño, como los mimos de una amante Madre que estrecha en sus brazos al recién nacido y lo besa, sonriente de gozo y desfalleciendo de amor. . . .

¡México afortunada! Tú eres ese hijo mimado de María: allende de los mares escuchó tus lloros, movióse á compasión de tu desgracia y vino á verte y se quedó contigo. . . . Desde entonces la luz acrece en el bello horizonte de tu azulado cielo, la esperanza levanta tu abatida frente; la caridad se dilata para hacer de ti un pueblo de hermanos. ¡Ah! qué bien se ve, que por designio providencial, María vino en la persona de Colón; ella venció en la de Cortés y conquistó para el cielo esta región bendita por los afanes de Zumárraga y de los demás apóstoles que forman la estrellada corona de la Guadalupeana.

Ya me parece ver al venerable anciano que á pié y descalzo, con humilde cayado, practicaba su pastoral visita por las asperezas de nuestras montañas, y bajo los ardores de un sol tropical, en el memorable día 12 de Diciembre de 1531, deshecho en llanto como Simión el justo, tomar en sus trémulas manos y besar con profundo respeto esa prenda del cielo, esa sagrada imagen trasunto de la gloria con que ha querido el Señor premiar sus heroicas virtudes, sus fatigas, sus sudores y apostólicos desvelos; ya me parece oírlo exclamar en extático arrobamiento: «Viéron ya mis ojos la salud de este pueblo tan querido; mi faz rugosa saludó la Aurora del claro día de Redención que hoy brilla para la indígena gente; la conquista para la fe y la civilización de esta Nación privilegiada serán un hecho: la gran Tenoxtilán será cristiana; México abandonará sus ídolos, dejará sus bárbaras costumbres y rendirá culto al verdadero Dios.»

¡Dijo! y, doblando las rodillas, besó la tilma, murmurando en secreto estas palabras: «Ya mis indios tienen Madre, y Madre cariñosa que los amamante á sus pechos virginales, los eduque en su regazo, formando sus costumbres sencillas é inocentes, los cuide y los defienda, los conserve en la fe y los conduzca al cielo. Juan, hijo querido, ve y dí á tus hermanos lo que el amabilísimo Jesús dijo en la cruz allá en el Gólgota: Ecce Mater tua y lo que con dulcísimas palabras acaba de repetirse su Bendita Madre en el Tepeyac: Ego ero vobis in matrem; et vos eritis mihi in filios et filias: De hoy más, yo seré vuestra Madre y vosotros mis hijos y mis hijas.»

Y volviéndose á María, representada en su sagrada imagen, continuaría diciendo: «¡Soberana del cielo y de la tierra, ¿qué habitación será digna de tu excelsa grandeza? ¡sobre qué altar colocará tu imagen divina el corazón agradecido de tu siervo, mientras se

fabrica el templo que me has mandado edificar? Elige, dignísima Señora, ó el devoto oratorio de la casa que me sirves de morada ó el trono de la Iglesia Catedral. » Ya elegí, dice María por boca de su mensajero, el Tepeyac. Y yo he escogido y santificado este lugar para que él lleve mi nombre: *elegi et sanctificavi locum istum, ut sit tibi nomen meum*: (16) desde él tendré abiertos mis ojos para velar sobre los destinos de mi pueblo, sobre la suerte de mi nación querida; pronto estará allí mi corazón, siempre dispuesto para escuchar los votos de los mexicanos. *Et permanent oculi mei et cor meum tibi cunctis diebus*. (17) Ni un momento más de tardanza; la devoción del virtuosísimo Prelado da principio á la fábrica de una pequeña ermita; obra de quince días!

Y no extrañéis que la Madre de Dios prefiera esta colina y en ella mande zanjarse los cimientos del Santuario que habite: sobre los montes santos estaba fundada la ciudad de Dios allá en Salem, *fundamenta eius in montibus sanctis*; (18) y por cierto, que el Señor amaba las puertas de Sión más que la nación santa, un pueblo de Jacob: *diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob*. (19) Desde esa humilde ermita, tan parecida al Belemítico albergue, el sol que viste á María, Cristo Jesús, difundirá los rayos de su luz hasta los confines de la América feliz. No prende con tanta violencia el fuego de una centella en un cañaveral, como rápida se extiende la fe en México, después de la aparición Guadalupeana.

Mas para que no penséis que fingo, con el fin de deleitar vuestros oídos y lisonjear el patriótico entusiasmo, oigamos á un historiador. Dice refiriéndose al Ilmo. Zumárraga: (20)

«Premió el cielo sus apostólicos afanes y visita de su Diócesis, que solía hacer á pié, apareciéndosele la portentosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, en 12 de Diciembre de 1531, favor que abrasó su corazón en incendios de ternura y explicó en obsequios reverentes á tan Sagrada Reina, dando principio á sus expensas, á la fábrica de su primera ermita, para desahogar en ella su pecho y la de sus agradecidos súbditos en incensantes cultos.»

En realidad, el fuerte armado luchó durante los diez primeros años de la Conquista; de suerte que en este primer período apenas, como hemos dicho, un millón de indios habían recibido el bautismo, y en su mayor parte niños; pero al aparecer sobre el Tepeyac el gran prodigio y contemplar los mexicanos la Imagen celestial, como iris de paz y signo de alianza entre el Dios de Noé y el suelo indiano, este pueblo de carácter dulce, de índole humilde y corazón de cera, ríndese en masa al yugo de la fe cristiana, y dilatado su corazón por el suave influjo de la gracia, ansioso corre como el ciervo sediento, á la fuente de las aguas, al baño de su regeneración por el bautismo. El brazo del Apóstol caía rendido, dice el P. Mendieta: un solo Sacerdote bautizaba al día cuatro, cinco y hasta seis mil adultos y niños; en cinco días el P. Motolinia y otro religioso han bautizado más de 14,000 indios; Gante, el ilustre Gante Fr. Pedro, más ilustre por su devoción á la Santísima Virgen María de Guadalupe que por la nobleza de su cuna, bautizó, él solo por su mano, más de un millón de indios, de modo que si antes de la aparición Guadalupeana se contaban por diez años un millón de conversos; después era un millón por año; pues como asegura el P. Motolinia, sólo los franciscanos en ocho años bautizaron ocho millones desde la fecha memorable de 1531.

Así es como el vigoroso pié de la Virgen aparecida en la colina Santa, humilló la cerviz de la serpiente y triunfó del infierno en la feliz Anáhuac.

Pero ¿y qué bienes ha traído la fe á la nación indiana? Señores, todos: *venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa*, (21) con ella todos los bienes nos vinieron, como decía Salomón de la Sabiduría. Los grandes principios que para el orden social encierra en sí la civilización cristiana: Redimírnos de la miserable servidumbre, de los más torpes errores, de las más viles pasiones, del poder del demonio. Darnos la libertad: *In libertatem vocati estis*; (22) y la libertad más gloriosa, la libertad de los hijos de Dios: *A servitute*

16 2 Paralip. VII. 16  
17 Ibid.  
18 Ps. LXXXVI. 1.  
19 Ibid. 2.  
20 Serie de los Ilmos. Señores Arzobispos, año 1769.  
21 Sap. VII. 11.  
22 Galat. V. 13.

*in libertatem gloria filiorum Dei*; (23) con esta libertad nos ha hecho libres nuestro libertador, Cristo Jesús, *qua libertate Christus nos liberavit*. (24) La Santa igualdad: El mexicano, que ayer miraba en los Iberos á los hijos del Sol, sérvos divinos, de poder irresistible, de pujanza sobrenatural, hoy sabe que el español y el indio tienen en Dios un origen divino y un fin sobrenatural; que ambas razas tienen á Dios por Padre, á Cristo por Redentor, y á María por Madre; que los hijos de Albión y los de Iberia, los habitantes de la Tartaria y los de Anáhuac tienen igual origen, idéntico destino: que los de rubia faz, ojos azules y dorado cabello, esperan la misma suerte que los de cobrizo aspecto, ojos negros, pelo lacio, y rostro lampiño. Para el cristianismo no hay distinción de razas ni desigualdad de condiciones: *Non est judaicus neque Graecus; non est servus neque liber*, sino que todos forman una nación en Cristo, *omnes enim vos, unum estis in Christo Jesu*. (25) Fraternidad: Todos vosotros sois hermanos: *Omnes autem vos fratres estis*. (26) Todos formáis una nación santa, un sacerdocio real, un pueblo de adquisición; y en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amais mutuamente: *in hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem haberitis ad invicem*. (27) Y este amor nuestro es un amor de fraternidad como explica San Pablo: *charitate fraternitatis invicem diligentes*. (28)

Los reyes de las naciones las dominan y los que en ellas ejercen el poder se llaman beneméritos; entre nosotros no ha de ser así; sino que quien quiera ser mayor hágase como el menor, y el que preside como el que sirve: *sed qui major est in vobis, fiat sicut minor; et qui processor est, sicut ministrator*. (29)

El cristianismo por su esencia extingue los odios, mata las enemistades, establece la caridad, funda la paz y la paz de Dios que excede á todo bien sensible, preciosa herencia que nos legó Cristo. Principe de la paz: *pacificans per sanguinem crucis eius*, después de haberla conquistado con su sacrificio: paz verdadera que no se parece á la paz que da el mundo. Paz que hizo de México una Nación de hermanos.

Mas no penséis que sólo en orden á principios la fe trajo á México inmensos bienes.

No más monstruosas divinidades, ni sacrificios sangrientos de víctimas humanas. Los mexicanos adorarán en espíritu y verdad al Dios que es espíritu puro, infinitamente perfecto, criador y conservador del universo: *Spiritus est Deus; et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare*. (30) Este Dios espíritu no come carne de toros, ni de cabritos, ni se alimenta con las entrañas de seres humanos. El quiere que el hombre le ofrezca el corazón por el sacrificio de su voluntad y de sus pasiones, sujetándolas á la ley y al orden para el bien procomunal y que venga á ser una hostia viva, santa, que plazca á Dios, una ofrenda razonable: *Hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequium vestrum*. (31) El templo cristiano sucedió al teocali: á los horrendos sacrificios humanos la hostia pacífica, la inmolación del yo, el obsequio de la razón. Mas no sólo esto; al lado del templo se fundó la escuela, y junto á ésta se planteó el taller; la fe trajo el arado; la hoz y la segur; oíd con atención el profético anuncio de Isaías, que con tanta propiedad aplicó á México el Dr. Uribe en su panegírico de la Guadalupeana: *Et erit in novissimis diebus, preparatus mons domus Domini in vertice montium... et dicent: venite ad domum Dei, et docebit nos vias suas...* Casi no hay cláusula en todo este pasaje de Isaías, literal profecía de la conversión de los gentiles, en que no se halle delineada nuestra América; véase allí una Nación belicosa convirtiendo sus instrumentos de guerra en arados y en hoces para el cultivo de los campos, puntual trabajo y ocupación ordinaria de los indios, antes feroces é implacables guerreros, y hoy pacíficos campesinos y afanosos agrícolas: *Conflabunt gladios suos in vomeres, et lanceas in falces*. (32) Una tierra

23 Rom. VIII. 21.  
24 Galat. IV. 31.  
25 Galat. III. 28.  
26 Mat. XXIII. 8.  
27 Ioan. XIII. 35.  
28 Rom. XII. 10.  
29 Luc. XXII. 26.  
30 Ion. IV. 11.  
31 Rom. XII. 1.  
32 Isaf. II. 2, 3, 4.

dilatada en su extensión, abundante en codiciados metales de oro y plata, rica por sus inagotables tesoros, aunque por otra parte superstitiosa por el culto que rinde á monstruosas deidades, llena de ídolos. *Repleta est terra idolis, repleta est argento et auro, et non est finis tesaurorum*. (33)

Y no es esto todo lo que la fe prepara en sus conquistas. En el corazón de esta privilegiada raza la fe de arriga, la piedad anida, la Religión se encarna; y como ha dicho Tertuliano que el corazón del hombre es naturalmente cristiano, podemos decir nosotros que el corazón del mexicano es eminentemente religioso; y esta noble cualidad ¡cuántas trae consigo! Los mexicanos son dulces hasta en su idioma, tiernos, caritativos, obsequiosos y de precoz ingenio; ¡oh! cuán bello es el espectáculo que ofrece esta Nación regenerada por la fe de Cristo: cuál se levantan como por encanto sunuosos templos, magníficos Santuarios, obras de arte, monumentos de grandeza, templos oculares de la fe, piedad y generosa liberalidad de nuestros mayores: ¡cuántos Ateos para estudiar las ciencias! Aquí se abre un asilo para huérfanos, allí un hospicio para pobres; más allá un hospital para los enfermos, acá un manicomio para dementes; por allí la cuna para infantes expósitos; más lejos un lazareto para los leprosos: San Pablo, San Andrés, San Juan de Dios, San Hipólito y el hospital del Divino Salvador, San Lázaro, estáis allí aún con vuestros recuerdos y vuestros borrados nombres para testificar á las generaciones que la fe os fundó. San Gregorio, San Ildefonso, San Juan de Letrán, Colegio de Abogados, el Seminario, la Universidad, inmortales viviréis en la historia para demostrar á los siglos venideros que las conquistas de la fe son las de las letras y el saber, y sus apóstoles, la luz del mundo, el fuego sagrado de la caridad, antorcha de la civilización y la palanca más poderosa del progreso real en sus diversas faces. Y nada hemos dicho de los conventos, asilos de la virtud, vergeles de inocencia, cunas de sabios, escuelas de doctores... Nada de los planteles en que las vírgenes cristianas, con el ascendiente de su virtud, la luz de sus ingenios y demás bellas dotes, formaron en sus escuelas ese tipo tan simpático de la mujer mexicana.

Pero, Señores, basta: preciso es terminar. Y ¿cómo no decir una palabra acerca de la prodigiosa transformación que se ha obrado en la sociedad, en la familia y en el individuo bajo el influjo de la fe? Dos naciones separadas por las aguas de un vasto y dilatado océano y más que todo, por sus creencias, sus costumbres, sus orígenes é idiomas, se unieron con vínculos sagrados tan estrechos, que se funden y amalgaman; formando una sola; México es nueva España. Y en esa sociedad mixta de elementos tan heterogéneos, ¡qué respeto á la autoridad! ¡qué amor á la verdad y á la justicia! ¡qué respeto á los padres! ¡qué consideraciones y cuánto amor al sacerdote del hogar que es la madre cristiana! ¡qué afecto tan puro y respetuoso entre los consortes! ¡qué unión y concordia entre los hermanos! ¡qué amistad tan sincera entre las familias! ¡qué delicadeza de conciencia en el hombre privado! ¡qué honradez é integridad en el funcionario público!

Y ¿quién ha obrado un cambio tan feliz? ¿quién ha hecho de la mujer cristiana en México el tipo acabado de la hija, la esposa y la madre? ¿quién la dotó de una sensibilidad tan tierna, de una delicadeza de sentimientos tan fina, de una abnegación tan grande y de una virtud tan acrisolada? La fe, la religión que debemos á la Guadalupeana, don precioso que Ella conserva en su Nación predilecta por espacio de cerca de cuatro siglos, y al través de las revoluciones que han agitado nuestro suelo. Ha cumplido su palabra, se ha mostrado Madre de los mexicanos; siempre enjugó su llanto, escuchó sus clamores, hizo cesar las pestes, alejó las inundaciones y amparó á sus hijos muy amados en todas sus tribulaciones....

El prodigio de Patmos se ha operado; el gran signo del Tepeyac está viviente; el Dragón estaba en acecho del hijo que había de nacer para devorarlo; ese hijo nació y venció al Dragón y lo precipitó al abismo.

La fe de México ha sido combatida; pero, en los designios de Dios, para triunfar; como los árboles robustos que azota el vendaval echan raíces más profundas y se afirman en el suelo; la revolución de ideas no ha hecho en México más que arraigar las creen-

33 Isaf. II. 7.

cias: nuestra fe vive, y es hoy más firme cuanto más ilustrada, más vigorosa cuanto más impugnada, y más valiente cuanto más perseguida. No se esconde; se ostenta y lucha, siempre venciendo. Esta tesis, señores, no necesita pruebas; su verdad se está mirando; esta religiosa solemnidad de la Coronación, con las circunstancias que la rodean, pone de manifiesto nuestro aserto.

México agradecida, casi no tiene una ciudad en donde no se encuentre un santuario dedicado á la Guadalupeana, una iglesia que no tenga un altar suyo, un hogar en que no se la venera, un corazón en que no tenga un trono. La Nación la juró por Patrona; la Patria cuenta el prodigio de su aparición como uno de los timbres más gloriosos de su historia, y la Iglesia, por su digno representante, el Pontífice Augusto León XIII, le ha decretado una corona. Con su autorización y por los votos del Episcopado, del Sacerdocio y del Pueblo que la proclaman de un modo especial su Reina y Soberana, el dignísimo Metropolitano, sucesor del inmortal Arzobispo Zumárraga, va á colocar sobre sus sienes sagradas la corona de oro.

Corona formarán también en torno de ese augusto trono, más de cuarenta ancianos, Pontífices Augustos, Apóstoles del Nuevo Mundo, hijos todos de María, que de muy lejos y de la vecina República vinieron á rendirle solemne vasallaje. Entre ellos viene el Metropolitano de Antequera, quien no se desdibó de asociar entre su comitiva al último de sus sufragáneos.

Virgen de Guadalupe, Oaxaca está á tu plantas, reconociendo tu soberano dominio sobre la Nación entera. Aquel valle ameno de clima tan benigno y de apacible cielo, vergel florido sembrado de templos pintorescos, que por su riqueza y magnificencia deslumbran al viajero: Oaxaca con su árbol del Tale y sus ruinas de Mitla; con sus religiosísimos moradores, tan afables, tan carinosos y tan tiernos, que á primera vista roban el corazón; aquella sociedad tan juiciosa, tan discreta y respetuosa para con su Prelado dignísimo. El Seminario que tu sombra protectora cobija en el Santuario á donde se acogió; esa escuela eclesástica que forma las más bellas esperanzas de un nuevo apostolado, digno sucesor del que fundó la fe en el Valle de Cortés, la insigne Orden de Predicadores. Señora, ante tu trono postrado está de hinojos ese Pastor amable que con su corazón virginal te amaba desde niño, que cuando joven, lejos de la Patria, en extranjeras playas, suspiraba por tí, y ya Prelado, asistía devoto á tus solemnidades en unión de una Colonia de expatriados ilustres: benedice amorosa.

El Presidente de la primera asamblea provincial de Oaxaca, del Concilio de Antequera, que te proclamó Madre de la Iglesia mexicana y su insigne Protectora, haciendo resonar las aulas mexicanas con el acento dulcísimo de tu bendito nombre. Acógelo benigna.

El restaurador de la disciplina eclesástica en Oaxaca, por medio de ese Concilio que dictó las leyes que han de normar la conducta sabia y prudente de la Iglesia en los difíciles tiempos que átravesamos: lumínalo, aconsejalo, guíalo.

Oaxaca te rinde vasallaje: mírala aquí postrada: digna es de tus miradas propicias, que si bien de su seno salieron hombres prominentes de esa revolución que ha cambiado las bases del orden social establecido en la República, también dió á luz y educó en su seno al ilustre Patricio que con tanto acierto rige hoy los destinos del País, que ha zanjado los cimientos de la paz, guiando la Nave del Estado por la ruta segura del orden á su prosperidad y engrandecimiento; que ha convertido las espadas en arados y las lanzas en hoces para explotar las inmensas riquezas que en su fecundo seno encierra el suelo patrio.

Al lado de la representación de la Archidiócesis Metropolitana de Antequera viene también (no la pierdas de vista, Madre amada,) la pequeña y humilde Diócesis de Tabasco que á ti se ha consagrado, se acogió á tu amparo y te tiene por Patrona. La representa un grupo de obreros evangélicos que en aquella tórrida región gastan sus fuerzas. Míralos, Madre, curtido el rostro por los ardores de aquel clima abrasador, pálidlos y debilitados por las fatigas... confórtalos, alientalos, bendícelos, para que no se rindan al cansancio y pierdan su corona. Allí está también un corto número de ovejas que aquí pastan: *Spem gregis ah!* que son ¡ay! la esperanza del rebaño tabasqueño.

Recíbenos benigna, gustosa acepta nuestros homenajes, nuestros ofrendas, nuestros corazones. Bendice al Prelado que te invoca, al pueblo que te aclama; protege á los hijos de Oaxaca; conserva al benemérito caudillo que con sabia discreción, no menos que con energía viril, calma los odios, une los ánimos, cimenta la paz y consagra abnegado su existencia á procurar el bienestar de los pueblos que le aman, le rodean de respeto y hacen votos por su vida y su feliz gobierno.

Vuelve ¡oh Virgen elemental! esos tus ojos al venerable anciano que coloca en tus sienes la inmortal diadema, que México agradecido te consagra en testimonio de su invariable amor y eterno reconocimiento. Bendice, en fin, al episcopado que aquí rodea tu trono; custodia sus rebaños; estrecha los vínculos de fraternal amor entre todos los pueblos del nuevo y antiguo continente, entre México cristiana y la cristiana España; y jamás olvides ni abandones al indigno Prelado que publicó tus glorias, ni á su grey amada. Amén.

Mexicanos, en torno de ese trono que flamea la tricolor enseña, juraos amor eterno. Unión. Olvidad vuestros odios de ayer, las luchas fratricidas que ensangrentaron el suelo de la Patria; fuera rencores, y haciendo á un lado disensiones políticas, respetad al gobierno constituido, secundando, según vuestras fuerzas, su acción bienhechora: Paz.

De desear fuera que, como en otro tiempo, todos tuviérais igual sentir é idéntico querer; pero si este ideal sublime, este bello desideratum aún no es dable, respetad la Religión que mecíó vuestra cuna, que os amamantó á los pechos de vuestra madre querida; no la ultrajéis, aunque disentáis en principios. Más tarde, cuando calmado el ardor de vuestras pasiones juveniles desechéis las preocupaciones de escuela; cuando tras las decepciones de la vida, la experiencia os haga más cuerdos, haciendo un estudio concienzudo de la verdad religiosa, encontraréis, después de serias y profundas elucubraciones, que, ó no hay religión verdadera en el mundo, lo cual es imposible, ó si la hay, ésta no puede ser otra que la católica en que habéis nacido. Religión. ¿No estáis viendo á las naciones más ilustradas del orbe volver á ella á grandes pasos, como el único medio de salvar á la sociedad de su inminente ruina? Este hecho confirma la verdad del célebre dicho de un Abogado apologistista contemporáneo de la fe: «La primera piedra de toda sociedad fué siempre un altar, y cuando esta piedra ha desaparecido, la sociedad ha desaparecido también con ella.» (34) «O las sociedades modernas se echan en brazos de la Religión verdadera, ó se hunden en el abismo de la anarquía,» ha dicho el Oráculo del Vaticano, el inmortal Pontífice León XIII.

# IV

Escrito por el Ilmo. Sr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, Obispo de Yucatan. (\*)

Veni de Libano, Sponsa mea, veni de Libano, veni, coronaberis.  
Ven del Libano, Esposa mía, ven del Libano, ven, serás coronada.  
CANT. IV, 8.

Ilmos. y Rmos. Señores: (1)

Este venturoso día, más de siglo y medio esperado, y por el cual ciertamente puedo decir: «ahora, Señor, despídase á tu siervo en paz, porque mis ojos han visto el día de la salud;» en este privilegiado lugar, que santificó la presencia de la au-

34 Augusto Nicolás.  
\* Fue leído por el Ilmo. Sr. D. Antonio Plancarte y Labastida, en la Colegiata, el 22 de Octubre en la tarde.  
1 Véase al fin la nota A.

gusta Madre de Dios, como al monte Horeb la zarza milagrosa que la figuraba; en este acto solemne que celebramos, sagrado y ritual, pontificio y nacional á un tiempo, ¿sabéis lo que yo escuchó, lo que yo veo? Llegan á mis oídos desde misteriosas lontananzas y por infinitos horizontes, unas armonías verdaderamente inefabes. Ecos son de angelicales coros, trompetas, fragor y retumbo de ejércitos incontables, que preceden y acompañan al Rey Eterno de la gloria al místico Esposo del Cantar de los Cantares, que dirigiéndose á esta tierra mexicana, á esta colina del Tepeyac, á esta basílica que hemos levantado al par del histórico monte, baja de los altos cielos pisando las constelaciones siderales como gradas de su excelso trono. Y con un canto, el más suave y majestuoso, al compás de una cítara que no tiene igual en el cielo ni en la tierra, así invita y llama á la Purísima Virgen y Esposa: «Ven del Libano, Esposa mía, ven del Libano, ven, serás coronada de la cima del Amaná (Tepeyac), de las cumbres del Sanir y del Hermón, de las cuevas de los leones y de los montes de los leopardos. Veni de Libano, Sponsa mea, veni de Libano, veni, coronaberis de capite Amaná (Tepeyacense), de vertice Saur et Hermón, de cubilibus leonum, de montibus pardorum. ¡Oh qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Apareces en el desierto como columna vaporosa que se levanta de aromas que arden, nube de incienso, de mirra y de todo polvo de perfume. Tus ojos son como de paloma, tus labios como cinta de púrpura, como granada tus mejillas, tu cuello como sartas de perlas y como la torre de David. Toda eres hermosa, amiga mía, y mancha alguna no hay en tí. Has herido mi corazón, hermana y Esposa, has herido mi corazón. Vulnerasti cor meum.»

Y aquí cerca, aquí del lado de nuestro monte, escucho y veo á la Esposa, que del Libano ha pasado al Tepeyac, que ha tomado la advocación de Guadalupe, y en susaviosos arpegios levanta la voz más dulce y sonora que el canto de las aves; la música de los Querubines, diciendo á las hijas de Anáhuac, no de otro modo que si fuesen las hijas de Sión: «Hé ahí la voz de mi amado: vedle que viene saltando por los montes y atravesando los collados. (2) ¡Oh cuán gentil y hermoso es mi amado! Desciella como el manzano entre los árboles de la selva; es blanco y rubicundo, escogido entre milares. Su cabeza es oro fino, es cárneo su seno y sus pies como de mármol pulido sobre escabel de oro. Su nombre es oleo derramado y su hablar lleno de majestad y de dulzura. Sostenedme, amigas mías, con flores, cercadme de manzanas porque desfallezco de amor. Amore languero.»

Como dos astros de magnitud suprema, que en su conjunción máxima y extraordinaria parece que se unen y ejercen mayor y más poderoso influjo, ó como una aurora boreal en orden superior, que esparciendo torrentes de luz en el inmenso espacio, resplandece, produciendo admiración, entusiasmo y alegría por las magnificencias de su pintoresco efecto: así el Divino Esposo se acerca al encuentro de la mística Esposa, y con júbilo de los cielos y de la tierra, á la vez que con espanto y terror de los infelices pecitros, líenala de gracia, cúbrela de honor y de gloria, coronála con aurea diadema y la constituye Reina universal, y Emperatriz Soberana de todo lo creado. (3) Y así coronada ella triunfa para siempre, llevando sus immaculadas sienes el laurel eterno de sus combates castos. Et in perpetuum coronata triumphat. (4) Sentada, como Reina sobre un trono á la diestra del Rey Eterno, está cubierta de rica orfebrería y de todo cuanto hay de más precioso y espléndido (5).

Señores; en el cielo de la patria é Iglesia mexicana, esta gran Reina se levanta hoy, en el día de su triunfo, como una portentosa señal. Signum magnum apparuit in coelo (6). Es la Santísima Virgen María de Guadalupe, es la mujer augusta y singular cubierta del sol, la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.

¿Mas cómo ha sido, á qué se debe la realización aquí de esta gran solemnidad? Como es que el cielo se une á la tierra en esta Colegiata? ¿Cómo es que se junta con nosotros en este acto que ce-

2 Vox dilecti mei, ecce iste venit saliens in montibus, transiens colles. Cant. II, 8.  
3 Gloria et honore, coronasti eam, Domine, et constituisti eam super opera manuum tuarum. Ps. 8.  
4 Sup. IV, 2.  
5 Assit Regina a dextris in vestitu deaurato circumdata varietate. Ps. 44.  
6 Apoc. XII.

lebramos, eclipsando con los esplendores de esta significativa ceremonia, la coronación de los más grandes Reyes de las sociedades humanas, el advenimiento al poder de los más ilustres caudillos, la fiesta triunfal de los vencedores y la apoteosis de todo linaje de héroes?

Es porque el Vicario de Dios en la tierra, el que tiene poder para atar y desatar allá arriba y aquí abajo, decretó y ordenó la solemne Coronación de la milagrosa Virgen del Tepeyac. (7) «León Papa Décimotercero, decretó que la Imagen de la Virgen María de Guadalupe, celebre por sus milagros y por su culto, sea condecorada con solemne pompa, en su nombre y por su mandato, con corona de oro.»

Identificado el Pontífice mexicano con el Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, al coronar hoy á nuestra Excelsa Reina en su milagrosa Imagen de Guadalupe, es Cristo mismo que corona á su augusta Madre; es el Divino Esposo que entreteteje sobre la gentil cabeza de la Esposa la radiante corona de doce estrellas; es el Rmo. Fray Juan de Zamárraga; es el Rmo. Fray Alonso de Montúfar es el Rmo. D. Pelagio Antonio de Labastida, que con todos los demás Prelados mexicanos, como si no fuesen más que uno solo, y en unión del venturoso indio Juan Diego, esto es, en unión de todo el pueblo mexicano, eleva sobre trono regio á nuestra Madre y Reina y ciñe sus virginales sienes con corona de oro, con diadema imperial y real, en reconocimiento de su grandeza, majestad y poderío.

1. Señores: la Coronación de Nuestra Señora es por parte de nosotros al celebrarla, un homenaje de adoración cumplidamente rendido á Dios, que es el Padre, Hijo y Esposo de María, porque él es quien la tiene constituida Reina del universo entero.

2. Es un juramento de vasallaje debidamente hecho á tan digna Reina, porque acogiéndonos aquí en México por pueblo suyo, se constituyó Emperatriz y Patrona de toda la América.

3. Es, en fin, un tributo de gratitud y de amor justamente pagado á una madre tan tierna y Patrona tan misericordiosa como ella lo es para todos, pero muy especialmente para nosotros los mexicanos.

Hé aquí, Señores, los tres puntos de que vengó á hablaros en esta solemnidad, si el Señor me concede, como le pido y ruego por la intercesión de la misma Sagrada Reina Nuestra Señora de Guadalupe, su divino auxilio, y si vosotros me dispensais la piadosa atención y la benevolencia que de vuestra generosidad espero.

Ave María.

# I

Designio fué de la bondad suma del Señor crear una muchedumbre casi infinita de seres, principalmente seres inteligentes y libres para destinar éstos á una felicidad eterna por virtud del Divino Verbo y por mediación de la Virgen-Madre. En el prodigioso desfile de todos ellos, al través de los muchos siglos que, como caudaloso río, desembocan en el mar inmenso de la eternidad, aparece constituida en medio, humilde y grandiosa á la vez, como la flor del campo, aquella mujer bendita entre todas las mujeres, aquella gran mujer por excelencia, la verdadera Madre de los vivientes, mejor y más grande que la primera mujer del Paraíso, y mejor y más grande que el primero y más alto de los serafines del cielo. Ella sola es un gran milagro. Magnum miraculum, como dice San Juan Crisóstomo, porque ella sola superó y excedió en excelencia y dignidad á toda la tierra y á todos los cielos. Su dignidad cual Madre de Dios es como infinita, según la expresión del Angélico Doctor. ¡Oh, con esa dignidad suprema é inefable, María se elevó ella sola entre todas las criaturas sobre la base de su humildad, á formar por singular y maravilloso modo, el complemento exterior de la misma augusta y divina Trinidad, dándola también ella sola la mayor gloria accidental! En ella, el Padre que sólo tuvo eternamente al Divino

Hijo, vino á tener en tiempo la Hija de que carecía: el Hijo que era eternamente engendrado por el Padre sin Madre, tuvo ésta en ella, y el Espíritu de Dios que es caridad, amor eterno, quiero decir, el Espíritu Santo, vino á lograr asimismo en ella, la Divina Esposa que le convenía y que eternamente había amado.

Al benéfico y sublime misterio de la Encarnación, se añadió el inmensamente misericordioso de la Redención. Ofrecióse el Verbo encarnado por víctima expiatoria, á la justicia eterna y absoluta de su Padre, asociando en el sufrimiento de la Pasión sangrienta á la Virgen-Madre, de quien tomara la sangre preciosísima con que lavó las manchas del pecado, y ved así, Señores, cómo tenemos en María una Corredentora tan infinitamente tierna como inmensamente poderosa, ya que no por naturaleza, si por el orden de la clemencia y de la gracia. Porque la Virgen-Madre coronó de sí misma al Hijo de Dios al hacerlo hombre en sus purísimas entrañas: *Femina circumdabit virum*, como vaticinó Jeremías (8). Ella coronó así al Hijo de Dios en el día de sus desposorios con la humanidad, esto es, con la Iglesia, y por eso esta mística Esposa canta del Divino Esposo Cristo, diciendo: «Salid, y ved, hijas de Sión, al Rey con la diadema de que le coronó su Madre en el día de sus desposorios, en el día del mayor regocijo de su corazón.» (9)

Así, hermanos míos, por justa correspondencia, la Coronación de la Virgen María llegaba á ser una deuda del mismo Dios para con ella. Y una vez constituido en su gloria el Divino Corde, ante cuyo trono los veinticuatro ancianos se postraban y echaban á sus pies sus coronas de oro el día de la triunfante Ascensión, sólo faltaba que la Madre del Cordero fuese también exaltada sobre un trono á la diestra del Rey Eterno de la gloria y dignamente coronada. ¡Y así se hizo! *Assumpta est Maria in coelum, exaltata super choros Angelorum*. Elevada es María á los cielos, y exaltada sobre los coros de los Angeles, que exclaman en el pasmo de su admiración y en los transportes de su gozo, así diciendo: «¿Quién es ésta que sube como la aurora cuando se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible á la vez como un ejército puesto en orden de batalla y que ha salido vencedor?» (10)

En el día de su gloriosa Asunción llega triunfante á la celestial Jerusalén, y sale á su encuentro aquel Eterno Dios, por cuya virtud es ella subida al cielo, aquel Eterno Dios que la concibió en su mente divina antes de todos los tiempos (11) cuando aún no existían los abismos de la materia caótica, y coronála como á su Hija, como á la celestial Princesa y Reina Universal, con una aureola de doce resplandecientes estrellas. Sale á su encuentro el Verbo humanado, el Redentor de los hombres, y coronála como á Madre, como á Reina de los mártires, por el mérito de sus grandes dolores é infinitas angustias, con corona de preciosísimas piedras, que con sus fulgores forman nimbos de matizada luz. Sale á su encuentro el Espíritu Santo, el Esposo Divino, y la corona como á su bien amada Esposa, como á Reina de la gracia y de la gloria, con guirnalda de azucenas y lirios, realizando el trono de su pureza y de su imperio sobre las vírgenes y sobre los Angeles.

María Imaculada triunfó por sus virtudes, y triunfó por la carne purísima que suministró en su casto seno á su Divino Hijo, venciendo al dragón antiguo. Triunfó sobre los leones rugientes y devoradores, que son los enemigos del alma; triunfó sobre los leopardos astutos y feroces que arrancan la fe y arrastran sus víctimas á los antros tenebrosos, triunfó sobre ellos hasta ahuyentarlos y reducirlos amedrentados á lo más profundo de sus cuevas y á lo más áspero de sus montes. Por eso la corona el Divino Esposol diciéndola entre himnos y músicas de angelicales coros: «Ven de Libano, Esposa mía, ven del Libano, ven, serás coronada de la cima del Amaná, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de las cuevas de los leones y de los montes de los leopardos.»

El universo entero secunda los honores ofrecidos por Dios á la Divina Reina. Alborozados los Angeles, tañendo sus arpas de diamante y oro, y cantando himnos de magníficas armonías, desplie-

8 Jerem. XXXI, 22.  
9 Egre dimini et videte, filie Sion, Regem in diadema que coronavit eam mater sua. In die desponsationis eius, et in die lectivae cordis eius. Cant. III.  
10 Cant. VI, 9.  
11 Nondum erant abyssi et ego jam concepta eram, Parab. Salom. VIII.